

CDD: 109

## CAMPOS CONTROVERSIALES Y PROGRESO EN FILOSOFÍA

OSCAR NUDLER

*Fundación Bariloche*  
*Casilla de Correo 138*  
*(8400) BARILOCHE*  
*ARGENTINA*

*onudler@bariloche.com.ar*

*Abstract: Is there progress in philosophy? This question is addressed along the three sections of this article. In the introductory section a comparison with similar questions which may be posed in connection to the arts and the sciences is made. A preliminary result of such comparison is that the same as in science the notion of progress in philosophy should be understood in an epistemic sense. However, if a notion of epistemic progress useful in the case of science is applied, a negative conclusion concerning the existence of such progress in philosophy may be easily reached. In fact, a usual way of arguing for such negative conclusion is to recall the lack of consensus around any proposed solution of main philosophical problems and, hence, the existence of seemingly endless controversies around them. But against such conclusion I argue that a particular notion of progress – involving conceptual or intellectual enlargement and articulation – is more appropriate to the nature of philosophy. Once such notion is adopted, consensus ceases to be a necessary condition for progress. In the second section, after defining the notion of controversial field as a set of interrelated controversies, a classification of main positions vis-a-vis philosophical controversial fields is proposed. The main distinction is between the mainstream view according to which lack of consensus and endless controversies are, to use Kant's words, the "scandal of philosophy" and an alternative view, advocated by Russell and Rescher, who praise the controversial status of philosophy as a way of preserving the plurality of our basic value commitments. Though*

©Manuscrito, 2002. Published by the Center for Logic, Epistemology and History of Science (CLE/UNICAMP), State University of Campinas, P.O. Box 6133, 13081-970 Campinas, SP., Brazil.

*recognizing the merits of those views, a serious flaw affecting all of them is pointed out, namely, their lack of attention to the actual development of controversial fields. After introducing such historical focus, the differences between different types of controversial fields are described. In particular, the difference between progressive and regressive types. Moreover, the differences between different stages in the development of controversial fields such as refocusing and substitution are also described. In the last section the preceding conceptual scheme is illustrated by sketching the development of twenty century philosophy of science through its main stages and controversial fields. Finally, an answer to the question posed at the beginning is provided: it is possible to assert the existence of progress in philosophy, in the sense introduced above, but only within the limits of controversial fields. If there is also progress between controversial fields is a question that may be doubted. It is not, in any case, dealt with in this article.*

**Key-words:** *epistemic progress; controversial field; refocusing.*

## 1. INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA

¿Hay progreso en filosofía? Si planteáramos la misma cuestión en relación con la ciencia, seguramente obtendríamos, con sólo algunas pocas excepciones, una respuesta afirmativa, más allá de las diferencias entre filósofos realistas y antirrealistas, o entre historiadores whig y antiwhig acerca de la naturaleza de ese progreso. En cambio, si planteáramos la pregunta en relación con el arte, es esperable que la respuesta más o menos unánime sea negativa. Si bien es obvio que se producen a lo largo del tiempo cambios pronunciados en los estilos o las técnicas que predominan en las distintas artes, no parece justificado hablar en el dominio del arte de progreso, sobre todo bajo la forma de juicios de valor comparativo con grandes realizaciones artísticas del pasado.

¿Cómo podríamos responder la pregunta en el caso de la filosofía? ¿Usando criterios similares a los usados en el caso de la ciencia o usando criterios análogos al caso del arte? En principio, al ser la actividad filosófica, por lo menos para una buena parte de sus practicantes a lo

largo de su historia, una actividad que se encuentra ligada, si no exclusivamente al menos en alto grado, con la búsqueda de conocimiento, la opción más natural parece ser aplicar un criterio epistémico de progreso. Pero si aceptamos esto, y consideramos entonces apropiado comparar a la filosofía con la ciencia, una conclusión negativa acerca de la existencia de progreso en filosofía parece volverse inescapable. Y no ciertamente por la misma razón que en el arte, por la excelencia de ciertas obras artísticas cuya superación ni siquiera parece sensato plantearse como posibilidad sino, más bien, por una razón opuesta, por el fracaso de las doctrinas filosóficas en resolver los problemas filosóficos. Esta es al menos una visión que ha llegado a ser muy difundida, ante todo entre los mismos filósofos. La fuente de tal visión negativa respecto de la capacidad de progreso de la filosofía ha sido sin duda la existencia de controversias interminables en torno de problemas filosóficos básicos como, por ejemplo, la relación cuerpo-mente, la existencia de entidades abstractas, la objetividad de los valores, etc. El sobreentendido de esta crítica a la filosofía es que si en una disciplina no se logra alcanzar consensos generalizados sino que, por el contrario, las posiciones enfrentadas permanecen irreductibles a lo largo del tiempo, entonces no es posible hablar de progreso en la disciplina en cuestión. Quienes así piensan suelen reforzar su posición mostrando justamente el contraste que presenta en este aspecto la filosofía con la ciencia, donde si bien las controversias son también usuales generalmente llega, más temprano o más tarde, un momento en que son superadas, al alcanzarse un consenso en torno de alguna propuesta que es reconocida por la comunidad científica como la solución al o a los problemas planteados. Esto no significa por cierto afirmar que el disenso no juega un papel en el progreso científico. Por el contrario, juega un papel fundamental sólo que no es permanente, en algún punto es reemplazado

por el consenso, aunque tal consenso de paso a su vez a otros disensos pero que no serán ya los mismos sino nuevos.

En contra de esta visión negativa de la filosofía, me propongo cuestionar en lo que sigue la creencia en que esta dialéctica entre disenso y consenso que caracteriza el progreso de la ciencia es un modelo adecuado para decidir si hay o no hay progreso en filosofía. En otras palabras, argumentaré en favor de la idea de que puede haber progreso en filosofía a pesar de la falta, tal vez permanente, de consensos. A fin de desarrollar mi argumento me concentraré especialmente sobre el tema de las controversias filosóficas ya que, como se ha mencionado, constituye una motivación poderosa de la postura que niega la existencia de progreso en filosofía. Este tema de las controversias, sobre el cual varios filósofos, entre los cuales merece destacarse Marcelo Dascal, han contribuido significativamente en los últimos años, es un tema metafilosófico central. Y lo es porque las controversias, en tanto implican argumentación y contraposición racional de posiciones, son constitutivas de la actividad filosófica, al menos tal como se ha desarrollado en Occidente desde sus orígenes en Grecia. Lo son aún en el caso límite del filósofo que expone su pensamiento sin discutir explícitamente con otros filósofos, ya que hasta en tal caso suele desarrollarse una argumentación que toma de manera implícita posición en relación con el correspondiente *campo controversial*. Con este término deseo aludir a conjuntos de controversias relacionadas entre sí, ya sea que pertenezcan a la misma o a distintas disciplinas filosóficas. Del mismo modo como los problemas metafísicos, epistemológicos, éticos, etc. están relacionados entre sí (por ejemplo, una respuesta a un problema epistemológico dado suele condicionar las respuestas posibles a un determinado problema ontológico y viceversa), las controversias en torno de tales problemas también lo están. Existe, podría afirmarse, una relación de

correspondencia entre la estructura de los campos problemáticos y la estructura de los campos controversiales.

En la próxima sección pasaré brevemente revista a algunas de las posturas más influyentes en torno de las controversias filosóficas. Introduciré luego mi propio punto de vista y, finalmente, lo ilustraré con un ejemplo concreto.

## 2. OPTIMISTAS Y PESIMISTAS

Dentro de la visión negativa acerca de las controversias filosóficas, especialmente motivada, según se ha mencionado, por la persistente falta de consenso en torno de problemas filosóficos básicos, situación que Kant no dudó en calificar como “escándalo”, distinguiré dos posturas opuestas. Una que llamaré “optimista” y otra que denominaré “pesimista”. Según la postura optimista, dicha falta de consenso es atribuible, no a una supuesta naturaleza insoluble de los problemas filosóficos, sino a la carencia de un enfoque o método adecuado para formularlos y enfrentarlos. Entre los principales métodos a los cuales se atribuyó o aún se atribuye tal poder de resolución se podrían recordar, por ejemplo, el uso de argumentos trascendentales, el análisis conceptual, la reducción fenomenológica, la naturalización, etc. La idea es que una vez que tales métodos se aplican, los problemas filosóficos, al menos aquellos que son rescatados dentro del marco propuesto, se pueden resolver y, por lo tanto, se espera que las controversias en torno de ellos lleguen a su fin. Nada más típico de esta postura que la del autor del *Tractatus*<sup>1</sup> quien, luego de declarar que había resuelto definitivamente

---

<sup>1</sup>“...the *truth* of the thoughts that are here set forth seems to be unassailable and definitive. I therefore believe myself to have found, on all essential points, the final solutions of the problems”. (Wittgenstein (1922), preface).

todos los problemas filosóficos, abandona en consecuencia la filosofía. Podría afirmarse que tal actitud optimista, si bien por lo general más moderada, es compartida, independientemente de las diferencias sustanciales, aún abismales, entre los métodos de solución que han sido propuestos, por una corriente central de la filosofía occidental desde Platón hasta Quine pasando por Descartes, Kant, Husserl, etc.

Por el contrario, la postura pesimista considera equivocado por principio todo programa que se proponga resolver los problemas filosóficos. Toman así el estado de perpetua confrontación entre distintas propuestas de solución como un indicador de la insolubilidad intrínseca de los problemas filosóficos. Gran parte de la labor filosófica dentro de esta tradición se ha dedicado justamente a mostrar las confusiones y errores que han cometido quienes han propuesto soluciones a los mismos. Al igual que en el caso de los optimistas, los pesimistas abogan por el fin de la larga confrontación entre posiciones opuestas respecto de los problemas filosóficos pero no ya como resultado de su solución sino como consecuencia de su disolución, deconstrucción o simplemente abandono. También dentro del campo pesimista hay por supuesto grandes diferencias. Basta mencionar que incluye por ejemplo a la tradición escéptica, en particular el pirronismo, el segundo Wittgenstein y sus seguidores, neopragmatistas como Rorty o Stich, postmodernos, etc.

Como queda dicho, estos filósofos comparten con los anteriores – los que caractericé como optimistas – una actitud negativa respecto del estado de controversia interminable en torno de los problemas filosóficos. Pero hay también filósofos que no están de acuerdo con tal actitud. Por ejemplo Rescher, quien en su libro acerca de la lucha entre sistemas filosóficos (véase Rescher (1995)), sostiene que dicha lucha no puede ser superada porque en el fondo obedece a diferencias entre valores, especialmente epistémicos, y tales diferencias no son eliminables mediante el recurso a la argumentación lógica. Pero esto, lejos de ser

motivo de crítica debería según él considerarse un rasgo valioso de la filosofía, ya que permite expresar y preservar la pluralidad de nuestros compromisos de valor. Ya Russell había esbozado una posición similar al afirmar que “el valor de la filosofía debe buscarse, en gran medida, en su misma incertidumbre” (Russell (1912); (1959), p. 156).

Ahora bien, todas estas diferentes posturas acerca de las controversias filosóficas tienen a mi juicio, independientemente de su capacidad para iluminar distintos aspectos de las mismas, el defecto de que no discriminan, o no discriminan suficientemente, entre diferentes *tipos* de controversias filosóficas. Ponen a todas, diríamos, en la misma bolsa. Tal falta de discriminación está ligada, a su vez, a una falta de consideración concreta de la evolución histórica de los campos controversiales. Cuando tal dimensión histórica es incorporada aparecen claramente diferencias entre campos controversiales que, como supone la concepción *standard*, se han mantenido estáticos, y campos que, por el contrario, han experimentado un proceso de *transformación*. Como se verá en lo que sigue, en ciertos casos de transformación es, a mi juicio, plausible asociar una noción de progreso con ella, aún a pesar de que ella no implique el logro de consensos. Pero no se trata, como en el caso de la ciencia empírica, de un progreso en el sentido de aumento de nuestro conocimiento directo acerca del mundo. Ni tampoco por cierto de un aumento de nuestro conocimiento lógico y matemático. Se trata de una forma de progreso de un carácter *conceptual* o *intelectual* peculiar, que especificaré enseguida, y que, *indirectamente*, puede favorecer las otras formas de progreso epistémico.

### 3. TRANSFORMACIONES PROGRESIVAS Y REGRESIVAS

Hay en verdad distintas transformaciones posibles de los campos controversiales en filosofía, transformaciones que los hacen pasar por

distintas fases, ya sea de estancamiento, incluso desaparición, progreso o retroceso. Me valdré en este punto de la distinción de Lakatos (Lakatos (1970)) entre programas de investigación progresivos y regresivos, aplicándola no ya a programas de investigación sino a las fases en el desarrollo de campos controversiales en filosofía. Diré así que un campo controversial dado se encuentra en una fase *progresiva* si contribuye a poner de manifiesto y profundizar en nuevos aspectos o relaciones o problemas relativos a los objetos de indagación filosófica en cuestión. Estos objetos pueden ser por cierto muy diversos; muchos de ellos corresponden al nombre que sigue a la partícula “de” en la expresión “filosofía de...”: filosofía de la ciencia, de la religión, el lenguaje, la historia, la mente, etc. Bertrand Russell (Russell, *op. cit.*, p. 161) se refirió metafóricamente a esta forma de progreso susceptible de ser lograda mediante la reflexión filosófica como una ampliación – *enlargement* – de nuestras ideas. Por el contrario, si un campo controversial entra en una fase en que hay una reducción u obstaculización de las posibilidades de descubrimiento y profundización mencionadas, diremos que se encuentra en una fase *regresiva*.

El desarrollo de un campo controversial supone que existe algún terreno común formado por supuestos o problemas compartidos, no sometidos a discusión, a partir de los cuales se plantean los desacuerdos. Tal terreno común puede ser variable en extensión pero si falta por completo puede haber conflicto pero no controversia en el sentido de desacuerdo racional. Esto no significa que los participantes en una controversia sean necesariamente conscientes de la existencia y extensión del terreno que tienen en común. Por el contrario, muchas veces no lo son. Siguiendo a Kuhn, aplicaré el término “normal” a toda controversia o campo controversial en que los participantes desacuerdan sobre la base de un terreno común amplio y en su mayor parte implícito. Así pues, en un campo controversial normal hay límites más estrechos que en campos



no normales para las cuestiones que pueden ser objeto de disenso. Esto no implica sin embargo que los campos controversiales normales no puedan dar lugar a un progreso en el sentido antes mencionado; solo, no se tratará ciertamente de un progreso capaz de alterar supuestos fundamentales. Pero si durante largo tiempo tales alteraciones no se producen es probable que el campo controversial tienda a estancarse y adquirir finalmente ese carácter regresivo, estéril, que los pesimistas tanto subrayan y que suele ejemplificarse, muchas veces injusta o anacronísticamente, con las disputas medievales. Para que esta tendencia al estancamiento o bloqueo se revierta, de modo que se pueda entrar en una fase de progreso, por lo general se requiere la intervención de lo que suele denominarse un *tercer actor*, el cual en realidad más que un solo individuo puede ser toda una corriente de pensamiento. Este tercer actor es un nuevo participante del campo que desafía a los participantes tradicionales poniendo sobre la mesa y criticando todos o buena parte de los supuestos implícitos sobre los cuales reposaba el debate anterior. Si ese tercer actor tiene éxito, es decir, si los viejos participantes no tienen más remedio que tomarlo seriamente en cuenta, se produce la ruptura de la normalidad y el debate se concentra sobre todo, o buena parte, del terreno común hasta entonces implícitamente aceptado. Esta es pues una transformación que resulta en una *refocalización*. Tal refocalización tiene consecuencias diversas. No sólo suele producirse un notorio incremento de la pasión puesta en juego por los contendientes en relación con las posturas enfrentadas sino también una extensión del interés por el campo hacia nuevos círculos, incluso círculos no profesionalmente especializados en los temas en discusión. La refocalización es, desde el punto de vista del contenido, y tomando en cuenta la caracterización anterior del progreso en filosofía, una transformación progresiva ya que consiste en una ampliación del campo controversial al sacar a luz y poner en discusión supuestos que antes permanecían subyacentes.

En otras ocasiones la transformación no asume la forma de un cambio de foco sino que se presenta como una *sustitución* completa del antiguo terreno común por uno nuevo. Se suele proclamar en tal sentido que los problemas anteriores no son legítimos o relevantes o, simplemente, que ya no interesan y que la mejor alternativa es por ende olvidarlos y ocuparse de otros problemas. Pero en la realidad, cuando ocurre tal sustitución de un campo problemático y controversial por otro, ella sólo tiene lugar de una manera gradual, a pesar del lenguaje radical que suelen emplear los abogados de la misma. Además, aún cuando pueda afirmarse que ya está constituido un nuevo campo controversial, de todas maneras éste no carecerá por lo general de continuidad con campos anteriores. Aunque se la niegue, en los hechos casi siempre es posible discernir, aún en casos extremos de cambio conceptual, una “herencia recibida”.

#### **4. ESTUDIO DE UN CASO: LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DEL SIGLO XX**

Ilustraré ahora este pequeño modelo de las transformaciones de campos controversiales en filosofía tomando como ejemplo la historia de la filosofía de la ciencia del siglo XX. He explorado también algunos otros casos, que por razones de espacio no puedo exponer aquí, de desarrollo de campos controversiales en distintos períodos de la historia de la filosofía (por ejemplo, la historia de las controversias sobre la naturaleza del cambio en la filosofía antigua o la historia del problema de la relación sujeto-objeto en la filosofía moderna), llegando a conclusiones muy similares a las que formularé en relación con el caso presente acerca de la naturaleza de su desarrollo.

En una primera aproximación pueden distinguirse dentro de la historia de la filosofía de la ciencia del siglo XX o, más precisamente, en

la evolución de su campo controversial, tres grandes fases. La primera, que suele llamarse “clásica” y que, usando nuestra terminología llamaremos “normal”, transcurrió desde fines de los años veinte hasta fines de los cincuenta. La segunda fase, conocida como “historicista” y que en nuestro esquema corresponde a una transformación por refocalización, abarca desde fines de los años cincuenta hasta fines de los setenta. Finalmente, a partir de los años ochenta nos encontramos en una tercera fase de carácter mixto ya que, como enseguida veremos, en ella parecen coexistir (la falta de suficiente perspectiva histórica justifica un lenguaje cauto) diversas tendencias.

Tal como la veo, la historia de este campo controversial nos provee, a través de sus distintas fases, un buen ejemplo de transformación progresiva en el sentido dado anteriormente de avance en el descubrimiento y profundización de nuevos aspectos del objeto de indagación filosófica, en este caso, de una “cosa llamada ciencia”. Veamos, por empezar, la primera fase. En ella el foco principal estaba puesto, como se acaba de mencionar, en la estructura lógica de las teorías científicas y, en particular, en los aspectos lógicos y metodológicos de la relación entre la teoría y su base empírica. Dentro de este marco común, el ideal de tratamiento riguroso de los problemas y las ricas controversias que se desarrollaron, por ejemplo dentro mismo del movimiento positivista o entre los positivistas de credo inductivista y los racionalistas críticos como Popper que negaban el papel de la inducción, permitieron alcanzar una profundización rigurosa en tales aspectos lógicos y metodológicos. Esto constituyó pues un progreso en relación con la época anterior, en la cual el campo problemático específico de la filosofía de la ciencia no estaba siquiera claramente reconocido. Fue justamente en base a esa profundización rigurosa que autores clásicos como Carnap fueron reconociendo los puntos débiles de sus propios planteos y sustituyéndolos por nuevos.

El cambio de foco característico de la segunda fase tuvo que ver, como es conocido, con la puesta en debate de un conjunto de supuestos clásicos centrales como la distinción neta entre lenguaje teórico y observacional (aunque ya hubo, durante la fase clásica misma, antecedentes de ese cuestionamiento), la dicotomía entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación y la concentración exclusiva de la filosofía de la ciencia sobre este último, el énfasis en los aspectos sincrónicos en detrimento de los diacrónicos o históricos y, sobre todo, la reducción de la filosofía de la ciencia a una lógica de la ciencia. Esta refocalización del campo controversial implicó incorporar como tema central de la filosofía de la ciencia al sujeto de la ciencia, entendido no como individuo aislado sino como comunidad científica, y a las representaciones unificadoras de ésta (variadamente denominadas paradigmas, programas de investigación, etc.). Hubo pues en esta fase una transformación progresiva ya que, además de ampliarse el campo controversial por incorporación al mismo de supuestos que antes formaban parte del terreno común, se incluyó un nuevo aspecto fundamental – el referido a las comunidades científicas – dentro del objeto de indagación filosófica. Tal inclusión no era producto de un mero agregado sino, como señalamos, de una transformación de la estructura del campo controversial.

Finalmente, la tercera fase, fase que aún se encuentra en desarrollo, parece caracterizarse, como se mencionó antes, por una variedad de fuerzas o tendencias que presentan, por lo demás, espacios variables de yuxtaposición entre sí. Tenemos así, entre otras, una tendencia a la continuación y hasta refuerzo del interés clásico – e incluso pre-clásico – en algunos temas controversiales tradicionales como, por ejemplo, la controversia sobre el realismo. Junto a esta tendencia se desarrolla también una corriente de recuperación crítica de perspectivas y problemas de las fases anteriores pero dentro de cuadros conceptuales y

formales más abarcadores, como es el caso de la llamada “concepción semántica” o “estructural” de las teorías científicas desarrollada por autores como Sneed, Stegmüller, Moulines, etc. Finalmente hay una cantidad de nuevas corrientes que pretenden llevar a cabo una sustitución lisa y llana de todo el foco problemático y controversial anterior por uno nuevo. Es típica en este sentido, por ejemplo, la postura de Hacking (Hacking (1983)) en relación con los problemas de la racionalidad y el realismo científicos, tan centrales en las fases anteriores. Esta tendencia sería pues la que impulsa un cambio más radical. Sus defensores sostienen que en las fases anteriores el foco siempre estuvo puesto erróneamente en la teoría y su relación con la observación. Ahora en cambio el foco es puesto en la práctica científica, tanto experimental como no experimental, práctica que no es concebida como antes, como estando de manera inevitable “teóricamente cargada” o sólo en función de la construcción y puesta a prueba de teorías. Como señala McGuire, en esta nueva fase la ciencia es vista como “una red compleja de habilidades, competencias, negociaciones, persuaciones y recursos intelectuales y materiales” (McGuire (1999)). Otra característica de esta corriente es el avance, a tono con una concepción naturalizada de la disciplina, en el proceso de integración de la filosofía de la ciencia no sólo con la historia de la ciencia, como ya había ocurrido en la fase historicista, sino también con otras disciplinas constitutivas de los estudios metacientíficos, en particular la antropología y la sociología de la ciencia.

En líneas generales y a pesar de esta mezcla o, tal vez, gracias a ella, esta fase contemporánea exhibe también un carácter progresivo ya que implica avances en dirección a una mejor percepción y mayor comprensión de la complejidad de la ciencia y sus diversos procesos y contextos.

## 5. OBSERVACIONES FINALES

Es claro que la historia anterior puede ser leída de otras maneras. Una de ellas, muy difundida, es la que cree ver en la fase actual no una continuación, ni siquiera una recuperación crítica de desarrollos anteriores, sino una invalidación de los mismos de modo que prácticamente no quedan rastros de ellos en el nuevo marco que los ha sustituido. A. Ibarra, en un pasaje de su comentario reciente del libro de Diez y Moulines *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia* nos suministra lo que puede tomarse como un buen ejemplo de esa perspectiva. Luego de abogar por un “estudio postpositivista de la ciencia que procure una aproximación a ésta y la actividad social que la genera” sostiene: “Un vasto erial de ruinas filosóficas analíticas fue casi todo lo que pervivió del período... del Received View” (Ibarra (2001)). Como he sostenido en este trabajo, la relación entre las distintas fases de la historia de la filosofía de la ciencia del siglo XX ha sido a mi juicio más compleja que lo que esta cita sugiere. Ciertamente ha habido oposición y aún destrucción, pero no han quedado sólo ruinas sino también ha habido una asimilación fructífera de problemas y resultados anteriores, aunque resignificados dentro de nuevos marcos. En realidad, ha operado un doble mecanismo de oposición y asimilación entre las distintas fases, mecanismo que ha permitido una ampliación del marco analítico y, correlativamente, de los aspectos del objeto que entran en consideración. Todo este proceso a mi juicio ha implicado ya, a pesar de que sus frutos aún están en gestación, un progreso en el sentido aquí utilizado.

Para finalizar, volvamos al principio. Dijimos que así como en la ciencia parece bien justificado hablar de progreso, en el arte no parece serlo. Y nos preguntábamos a continuación si en el contexto de este problema debíamos ubicar a la filosofía junto a la ciencia o junto al arte. La respuesta inicial fue que, en tanto empresa cognoscitiva, la filosofía

estaría en el mismo bote que la ciencia, lo cual parecía justificar compararla con ésta en la dimensión del progreso epistémico. Vimos sin embargo que era más apropiado utilizar una noción más acotada de progreso y, que si así lo hacíamos, resultaba defendible hablar de progreso *dentro* de ciertas áreas y épocas, *dentro* de ciertos campos problemáticos y controversiales. No pretendí pues usar una noción *global* de progreso que permita, por ejemplo, afirmar que hubo progreso entre la filosofía antigua y la filosofía moderna. No lo pretendí porque creo que, en este aspecto, la filosofía es más parecida al arte que a la ciencia. A diferencia de ésta, en que, *malgré* los excesos de los partidarios de la incommensurabilidad, puede hablarse ciertamente a mi juicio de progreso entre Arquímedes y Newton y entre éste y Einstein, no creo que sea justificado hacerlo, por ejemplo, entre Aristóteles y algún filósofo posterior. Tal vez por ello, Aristóteles y otros filósofos del pasado continúan siendo nuestros grandes interlocutores.

#### REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- HACKING, I. (1983). *Representing and Intervening* (Cambridge, Cambridge University Press).
- IBARRA, A. (2001). “Filosofía de la Ciencia Postpositivista. La reinención de una disciplina”, *Dianoia*, vol. XLVI, n° 46, mayo 2001.
- LAKATOS, I. (1970). “The Methodology of Scientific Research Programmes”, in I. Lakatos & A. Musgrave (eds.) (Cambridge, Cambridge University Press).
- MCGUIRE, J.E. (1999). “Scientific Change: Perspectives and Proposals”, in M.H. Salmon *et al.* *Introduction to the Philosophy of Science* (Hackett).
- RESCHER, N. (1995). *The Strife of Systems* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press).

RUSSELL, B. (1912). *The Problems of Philosophy* (Oxford University Press; Galaxy Book (1959)).

WITTGENSTEIN, L. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus* (London, Routledge & Kegan Paul).